

UNA EXPERIENCIA ESPIRITUAL

PEDRO TRIGO

Puebla fue para mí una experiencia espiritual. La experiencia de la institución eclesíastica, de su complejidad, de sus condicionamientos y del Espíritu que la anima.

Primero fue la presencia del Papa. Su poder de convocación desbordó todas las previsiones. No vimos a un pueblo fanatizado, tampoco a una masa indigente en busca de favores. Más bien entramos en contacto con gente pobre pero arraigada en una esperanza indestructible que la personaliza y la reúne en pueblo. Así, como pueblo reunido, reconociéndose mutuamente, acudían de todos los lugares para entrar en comunión con uno de los símbolos más indiscutibles de su identidad.

Cualquiera percibe el elemento de ambigüedad que esas grandes concentraciones conllevan. Lo mismo podríamos decir de la figura papal. "Es un gran demagogo", hemos oído decir, en el sentido original de conductor de pueblos, con el peligro de seducción que este poder encierra. Pero, por nuestra parte, también hemos acogido como venido de Dios ese llamado suyo a la fidelidad con esa triple dimensión —que ejemplificó en María— de búsqueda, acogida y coherencia vital. Y hemos sentido como una llamada particularmente dirigida a nosotros esa su insistencia en que sepamos unir nuestra lucha por la defensa de la dignidad humana con la dimensión religiosa que necesariamente comporta el cristianismo. Sólo de ese modo podremos responder integralmente a ese clamor del pueblo latinoamericano por una verdadera liberación, clamor que el Papa expresó reiteradamente al comprobar las estructuras de pecado que oprimen al continente.

Al formar parte, también nosotros, del encuentro del pueblo con el Papa hemos sentido avivarse nuestra responsabilidad con las masas populares. La religión del pueblo, hermosamente definida en el documento de Puebla como sabiduría, como humanismo cristiano (321), como hondas creencias, actitudes básicas y expresiones que las manifiestan (317) constituyen para nosotros un desafío. Es un reto para nuestra capacidad de comprensión y sobre todo de escucha y participación en sus convocatorias y gestos, para poder acompañar sus procesos de modo que esta ingente y secular riqueza no se pierda sino que se recree.

Al abrirse la Asamblea de Puebla los medios de comunicación voceaban exultantes la supuesta condenación del Papa a la teología de la liberación, los medios eclesíásticos progresistas de Europa y USA se rasgaban las vestiduras escandalizados y muchos cristianos latinoamericanos andaban abatidos. Se nos pedía insistentemente que compartiéramos esta visión y que reaccionáramos resentidos y airados.

En esta coyuntura los obispos y teólogos de la liberación mostraron la medida de su responsabilidad eclesial. Se fue capaz de leer los discursos del Papa liberándose de los estereotipos de las agencias de prensa y sin hacer cuestión de palabras. Sinceramente pudo decir el cardenal Lorscheider —y era la voz de todos— que no nos reconocíamos en esas desviaciones contra las que el Papa había alertado; nosotros también condenamos esos reduccionismos y jamás pensamos caer en ellos. Como lapidariamente se expresó en una rueda de prensa: "Son los injustos poderes establecidos quienes, para perseguirnos y darnos muerte, reducen nuestra teología a mesianismo político. No otra cosa hicieron con Jesús, para matarle, las mismas clases de personas".

Nos pedían que nos constituyéramos en un CELAM paralelo, porque, decía una revista de México, "ahora ya es más claro que la

luz del sol que quienes quieren luchar por la realización del evangelio tienen que salirse de la Iglesia". Pero para nosotros resulta claro por el contrario que el servicio al evangelio sigue pasando hoy por nuestra Iglesia latinoamericana. En las ruedas de prensa oficiales los periodistas pedían insistentemente explicación de la ausencia en el aula de los teólogos más significativos del continente. Estos teólogos estuvieron en Puebla y a ninguno vimos desairado por esa injusta postergación. No había tiempo para eso. No vinieron a Puebla para reivindicarse o para intrigar. Estaban allí para servir a la Iglesia, para colaborar en este caso con los obispos, como otra jornada más de su ministerio gratuito y apasionado hecho de dolor y gozo.

Y en esta colaboración conocimos a muchos obispos. Su cálido contacto confirmó nuestra fe. Su sencilla cercanía, la manera cómo abordaban los temas y daban cuenta de su experiencia alimentó nuestra esperanza en que esta Iglesia que nace de la fe del pueblo, como pueblo que se organiza y marcha hacia su liberación, tiene raíces profundas. Entre nosotros, gracias a Dios, institución y carisma son dos aspectos que no raras veces se dan en las mismas personas. Y así oposiciones esterilizantes se convierten con frecuencia en intercambio fecundo.

La estructura jurídica de la Asamblea se resintió de rígido episcopalismo. Esperamos que la próxima vez la reunión será más sínodo que asamblea episcopal. Pero de todos modos entre muchos de los participantes de dentro y de fuera se vivió esta comunión fraterna como práctica de esa hermosa figura de pastor que se diseñó en el documento sobre el ministerio jerárquico.

Y en medio de tantos afanes estuvo siempre presente el pueblo de Dios. La frase del mensaje inicial que invitaba a todos a asumir la causa del pobre como la causa de Cristo expresaba no sólo un deseo entrañable sino una opción viva que compartimos.

El documento de Puebla es producto de una transacción, con todo lo que ésta supone de presiones y forcejeos. También esto constituyó para nosotros una experiencia espiritual. Se partía de la diversidad, por ahora irreductible; pero también del deseo inquebrantable de no negarla tachando a los demás de herejes y considerando a la propia tendencia como la única legítima. No faltaron tendencias inquisitoriales, pero fueron rechazadas abrumadoramente. La transacción fue, pues, querida; porque fueron queridos, así como eran, los que la representaban. Esto es para nosotros la expresión de nuestra Iglesia santa y pecadora, una Iglesia salvadora que necesita ser salvada. Vimos allí personas, responsables a nuestro juicio de atascos y retrocesos en la institución eclesíastica latinoamericana. Pensamos que tal vez ellos también nos miraron así. Nos dolió muchísimo, por ejemplo, escuchar a algunos obispos argentinos expresiones que para nosotros sonaron blasfemas por la insensibilidad que suponían respecto de la terrible situación que atraviesa el pueblo. Creemos que también ellos estaban alarmados por lo que juzgaban desviaciones horizontalistas. Todo se dijo francamente. Pero también con deseo de complementarse y avanzar. Esta necesidad, sentida por todos, de unión sin uniformidad para poder ser fieles y transmitir el evangelio en esta hora latinoamericana fue para nosotros una llamada contra cualquier tentación foquista o elitista.

Hicimos experiencia de nuestra Iglesia plural. Para nosotros fue como cuando Pablo subió a Jerusalén. Y como él también nosotros sentimos que, a pesar de las diferencias, se aprobó nuestro evangelio y se nos dio el abrazo de la paz. Ahora nos queda la responsabilidad de realizarlo. □